

PRÓLOGO

Hay algunos poetas que tienen la rara virtud de crear un cosmos coherente. No es difícil, para los que frecuentamos diccionarios y teclados, urdir una metáfora brillante, o decantar un ritmo persuasivo, o avecindar un adjetivo y un sustantivo que nadie había reunido antes; pero el resultado —para el que sólo es necesario girar lo bastante la rueda de las combinaciones— no forma parte sino de la calderilla de la creación. Lo difícil, lo realmente insólito, es poseer una visión unitaria y personal de las cosas, y ser capaz de traducirla en poesía. A mi juicio, Juan López-Carrillo es uno de esos poetas.

Juan no es un neófito en el mundo de la poesía, en el que ha vivido —porque un poeta lo es aunque no publique, incluso aunque no escriba— toda su vida. En 1997 dio a la imprenta un primer poemario, *Los años vencidos*, de expresión contenida y vocación moral, y en 1999, un libro inclasificable, *Poemax*, que reunía su obra visual y su poesía en verso, y que incluía un heteróclito «florilegio salaz y libertino», con participación de sus muchos amigos, todo ello bajo el denominador común de lo jocosos y lo procas. En este libro se halla el embrión del que hoy presentamos, *69/modelo para amar*. El conjunto ya relativamente extenso de poemas visuales de *Poemax*, construido en torno al motivo sexual del 69, que suscitaba en los lectores —o contempladores— un alborozo rayano en el fervor, ha desembocado en esta serie caudalosa de composiciones, levemente contrapunteadas por una docena de poemas en verso, que abundan en su tono festivo y, al mismo tiempo, desengañado.

Porque éste es el rasgo fundamental de la poesía de Juan López-Carrillo: esa alegría que percibimos, tan contagiosa, enraizada en una irreprochable propensión al disfrute de los placeres carnales, encubre —o, mejor, transmuta— una tristeza que roza lo desolado; una tristeza que se nutre de soledad